

La primera vez que quedamos fue en la esquina de la plaza de España, junto a una cafetería, hoy sustituida por una agencia de viajes llamada Tu vuelta al mundo. Ninguno de los dos queríamos pasar el trago de vernos sentados frente a frente, con un café, y tener que disimular la agitación interna; preferimos pasear para disfrazar el nerviosismo. Llevaba ensayando todo el día frases que decirle, que, como suele suceder, se esfumaron de mi cabeza en cuanto nos encontramos, así que tocó improvisar. Pero resultó extrañamente fácil, como a veces sucede cuando dos almas vibran en la misma frecuencia. A pesar de sus nervios, su risa invitaba a la calma, así que no hubo problema como en otras ocasiones. Poseo una peculiaridad algo extraña, quizá por mi exceso de empatía, y es que absorbo las emociones de quien tengo enfrente. Si al conversar con alguien percibo timidez o incomodidad por su parte, inmediatamente siento lo mismo, y aunque no sea tímido comienzo a serlo o aunque en un principio estuviera tranquilo cruza por mis gestos una inquietud similar. Sé que ella estaba realmente nerviosa porque me lo confesó después, pero en ningún momento lo pareció. Al contrario, emanaba calma; su cara, su espíritu eran una brisa deliciosa, así que, si antes podía tener alguna duda sobre si me enamoraría de ella, se esfumó al instante. Ella me aportaba paz inmediata; Madrid entero, de repente, era un colchón. Subimos por Gran Vía hablando de cualquier cosa. Digo cualquier cosa porque recuerdo poco de la conversación. Estaba más pendiente de los lugares a donde su risa me estaba llevando. Llegamos pronto a Times Square, nos pedimos una pizza en la esquina de la 43 con Broadway y caminamos mientras comíamos esas porciones con doble de queso y pepperoni. Los temas de conversación fluían, salían de debajo de las piedras, brotaban de las aceras de la Gran Manzana. Un taxista nos iluminó al pasar frente a su Chevrolet amarillo, como si subrayara a dos estrellas consagradas de esos mágicos teatros. Subimos cuatro calles más, hacia Bryant Park, y no tardamos en llegar a los Jardines de las Tullerías, frente al Louvre, para ver una exposición sobre historias que acaban bien. Nos gustó demasiado y me pidió que subiéramos por los Campos Elíseos. ¿Dije fluir? Fluir es poco. Debería inventarse otro verbo que expresara aquello. Esa chica flotaba, me cogía del brazo con tal naturalidad que destrozaría todos los manuales de consejos amorosos escritos en el último siglo. No había ningún tipo de barrera ni solemnidad; me agarraba, me elevaba junto a ella y borraba al instante los nombres de las calles. Me pareció que estuvimos un rato mirando nuestro futuro desde la Torre Eiffel, pero no lo tengo claro, ya que al bajar estábamos entrando en un café de Buenos Aires donde un tipo de cuento tocaba un bandoneón. La conversación mejoraba –si es que podía mejorar–, pedimos mate y medialunas con dulce de leche. Ella mordía trozos de las mías para burlarse de mi lentitud comiendo (comprenderéis que me sentía tranquilo a su lado, pero mi estómago aún no lo sabía, iba por partes), le dimos una propina en agradecimiento al bandoneonista, que nos contestó con un perfecto acento porteño y, al salir de allí, la complicidad se vio aumentada por la imagen recortada del Coliseo. Roma se abría como el mar de Moisés para nosotros. Buscamos un banco, su cabeza en mi hombro y el medio abrazo esta vez más tierno. Yo no sé si hablaba o callaba, yo estaba de viaje, en algún lugar, no sé dónde, pero era perfecto. Nos bastó con caminar tres kilómetros de la Gran Muralla para saber que esa historia no sería un trayecto breve, que habría mucho que recorrer juntos, muchas bienvenidas de brazos abiertos como la del Cristo de Corcovado. No podíamos resistir más por las calles de Río, Copacabana se doblaba para saludarnos. El primer beso se hacía necesario, lo pedían las ruinas de Pompeya, el misterio de las pirámides, lo cantaba Leonard Cohen desde el Parnaso, lo anunciaba el calendario maya esculpido por los ancestros en la península del Yucatán. Todos parecían saberlo menos nosotros, aunque en el aire ya se podía percibir el aroma inconfundible del futuro rindiéndose ante ella. El corazón latía rápido, nos faltaba el aire, era la primera escalada sin oxígeno al Everest, pero no fue en Nepal donde llegó el beso que trajo la paz definitiva a nuestras ganas. No fue allí. Fue en Jerusalén, dónde si no. Allí llegó la paz. El resto no es lugar para contarlo. Y esto solo fue la primera vez que la vi, no quería ni imaginar cómo sería el resto de nuestras vidas.

LEER A SU LADO

LEER A SU LADO. ELVIRA LINDO

Leer. Leer sin ganas. Leer por aburrimiento. Leer para no hacer ruido. Leer para dejar que tu padre duerma la siesta. Leer porque no te dejan poner la tele. Leer porque ya nadie quiere contarte un cuento. Leer porque te han castigado sin salir. Leer porque estás en la cama con fiebre. Leer porque estás solo. Leer porque imitas a tus hermanos mayores. Leer porque lo hace tu madre. Leer libros para niños. Leer novelas que no te dejan leer. Leer hasta que te apagan la luz. Leer sin leer, pensando en otra cosa. Leer en la biblioteca. Leer todos los libros de la biblioteca infantil. Leer porque tu hermana lee en la cama de al lado. Leer libros de Tintín en casa de tu abuelo. Reír porque tu tía llora con una novela. Llorar porque te da pena el abominable hombre de las nieves. Leer y leer y leer cinco líneas sobre sexo. Leerlas y leerlas una vez más. Leer porque quieres estar solo. Leer porque te sientes solo. Leer porque te crees distinto. Leer para encontrar almas gemelas. Leer aquello que aún no has vivido. Leer para llenarte la cabeza de pájaros. Leer para presumir. Decir que has leído un libro que no has leído. Resumir libros en literatura que no has leído. Sacar buenas notas en literatura haciendo resúmenes de libros que no has terminado. Leer para imitar lo que que has leído. Leer para fardar. Leer para ligar. Leer para consolarte de un abandono. Leer por falta de planes. Leer por falta de amor. Leer porque se ha ido con otra. Leer para que no digan. Leer mientras esperas. Leer sentado en el váter. Leer para dormirte. Leer para poder hablar con él. Leer el libro que él te recomendó. Leer para sorprenderle. Leer por puro gusto. Leer por vaguería. Leer porque no te gustan los deportes. Leer porque no tienes un duro. Leer para olvidar. Leer para recordar. Leer para aprender. Leer un coñazo impresionante. Leer un libro que no quieres que se acabe. Leer el libro de un amigo. Leer todos los libros de un hombre que te gusta. Leerle el pensamiento. Leer el libro que él está leyendo. Leer el libro que él querrá leer después. Leerle a tu hijo. Leerle hasta que se quede dormido. Leerle hasta que te quedas dormida. Leerle el Tintín que tú leíste. Leerle cuando se muere el Abominable Hombre de las Nieves. Leerle y consolarle luego su llanto inconsolable. Leerle para que aprenda a estar solo. Leerle para volver a vivir la infancia. Leerle por gusto. Ver cómo un hijo lee. Releer. Leer sólo lo que te gusta. Leer sólo aquello que te emocione. Leer por amor. Leer a su lado.